



## REVISTA DE LOS CAZADORES.



## APUNTES SOBRE ARMAS Y CAZA. (1)

(Continuacion.)

El guardamonte ha de ser espacioso, para que no se puedan atascar los dedos al correr de uno á otro gatillo. Estos han de ser largos, para que formando mayor palanca haya que hacer ménos fuerza para el disparo. Los baqueteros anchos, para poder llevar baqueta de fuerza y peso, y en ellos, en vez de anillos para el porta-fusil, que hacen ruido, unos ojos simples donde poder enganchar unas medias hebillas de ganchos donde vaya sujeto el porta-fusil, y de este modo, al llegar al cazadero, se quita, sin dejar ningun objeto colgado en los cañones (que con su ruido espantan la caza), y se guarda en el bolsillo para volverlo á poner cuando se quiera echar el arma á la es-

(1) El principio de este artículo está en el número anterior, en el cual se deslizaron dos equivocaciones, que creemos oportuno rectificar.

En la página 26, primera columna, línea 12, dice: «muchas piezas,» debiendo decir «muchas fuerzas.» En la 27, columna segunda, línea 13, dice: «treinta grados,» debiendo decir *noventa* grados.

palda. En las escopetas inglesas finas se observará que no llevan porta-fusil, pues solo los suelen poner en los rifles, que como arma especial y destinada á usos muy distintos del de la caza menor, requieren otras circunstancias. La línea de puntería la representa el nivel del exterior de los cañones, que como más gruesos en la recámara y más delgados en la boca, producen un ángulo agudo entre las líneas correspondientes á la superficie exterior y á la verdadera direccion del ánima del arma, y así se le dá la elevacion necesaria para que á los cuarenta ó cincuenta pasos esté el punto céntrico del tiro poco más ó ménos al nivel de la pieza que se tira: para conservar esta elevacion en las armas de dos cañones se les pone una cinta de hierro llamada *solista*, encima de la union de los cañones, y que debe (cuando ménos) enrasar con ellos. Para mí no es falta, sino antes ventaja, el que por la parte de la recámara sobresalga algo la solista del nivel de los cañones, pues así les da más elevacion, y como la caza de pluma al huir casi siempre va levantándose, aunque parezca á la vista que el vuelo es horizontal, yendo el tiro un poco alto coge á la pieza más de lleno y la

mata mejor, mientras que no teniendo la elevacion necesaria, el tiro va bajo, aunque bien dirigido, y suele herir la pieza sólo en el vientre y piernas, y aunque muera luego, suele escapar del tiro y perderse para el cazador. Por estas razones, aunque algunos armeros, por moda ó por capricho, para dar aire más ligero y elegante á sus escopetas, rebajan la solista hasta muy por debajo del nivel de los cañones, alegando algunos la imaginaria ventaja de recoger la puntería por medio de la canal que resulta entre los cañones, yo no quiero usar estas armas, pues creo que un verdadero cazador debe mirar más lo útil que lo bonito.

La caja creo no debe ser barnizada: siendo bien trabajada la madera (la mejor es nogal sin vetas revueltas, aunque sea menos bonita) y bien alisada con piedra pomez, se ve mejor si tiene algun defecto, y si los ajustes de las llaves y demás piezas son bien exactos. De tiempo en tiempo, sobre todo en estacion muy seca y en tiempo húmedo, se debe untar ligeramente con aceite, de parte de noche, dejándola así hasta por la mañana, cuando despues de haberse nutrido la madera é impermeabilizado los poros, se limpia primero con un trapo y luego se frota bien con un pedazo de paño para acabar de enjuagarla, produciéndole bastante lustre para que no parezca tan fea como algunos creerán. Con este método hay la ventaja de que la madera ni se reseca, ni se hincha; toma correa, y no se retira de los ajustes de las piezas de hierro en ella embutidas; las llaves se conservan mejor, y toda la montura es más durable. La baqueta debe ser gruesa, de madera dura pero correosa; la de majagua que se usa para astas de lanza, es buena. El casquillo de poco ménos diámetro que el calibre para que siente bien los tacos, y en el otro extremo un saca-tacos cubierto con una contera de metal que enrosque en él. Es muy fastidioso hallarse en el campo con la escopeta mal cargada y sin poderla descargar.

Á propósito de esto, como no todos lo saben, voy á decir un medio muy fácil de hacer salir el tiro cuando ha faltado el piston y parece estar ciega la chimenea. Quitado el piston anterior, se entra muy justo en el oido de la chimenea un pedacito de ma-

dera (como de un mondadientes); se corta lo que sobresale, y poniendo otro piston, de seguro sale el tiro; si no es que se ha olvidado la pólvora. Esto que parece extraño, es sin embargo muy fácil de explicar, pues la compresion del aire en el tubo de la chimenea, produce la inflamacion de la pólvora, haciendo el pedazo de mondadientes el oficio del émbolo del mechero neumático, que al paso recomiendo á los cazadores fumadores por ofrecer ménos inconvenientes y aun riesgo que los fósforos de cualquiera clase. (1) El punto debe ser como una cabeza de alfiler y muy bajo, pues de lo contrario quita parte de la elevacion; debe ser de plata porque no se oxida, y sobre el empavonado del cañon (que ninguno es mejor que el antiguo negro mate de Madrid, que no reluce ni relampaguea á lo lejos), contrasta por su blancura, y se distingue cuando hay poca luz.

Creo no haber olvidado nada importante de lo que se debe buscar á primera vista cuando se quiere comprar una escopeta. Despues entraremos en cuestiones más honradas, como son las clases de cañones, su prueba, proporciones que deben observarse en su perforacion ó barrenado para su mejor alcance y repartimiento de la municion, y otros asuntos de que la mayoría de nuestros cazadores suele ocuparse poco. Para este trabajo me valdré, además de lo que mi práctica y observacion en la mayor parte de Europa me ha enseñado, de los trabajos de notables cazadores y fabricantes extranjeros, y en particular de los del ilustre coronel inglés, P. Hawker, cuya inmensa autoridad en estas materias pocos pondrán en duda, y basta decir que su obra sobre armas y caza ha llegado en Lóndres á la oncena edicion, y aún escasea. Su hijo, á quien siento no tener el honor de conocer, parece segun mis noticias seguir dignamente las huellas de su padre como cazador y como hombre científico.

M.

(Continuará.)

(1) Suelen hallarse en los almacenes de quin-calla y en los de instrumentos de óptica y matemáticas.

MONTERÍAS. <sup>(1)</sup>

## BATIDAS Ó CACERÍAS MAYORES.

Las cacerías mayores, por lo mismo que son las más interesantes de todas, así por el objeto á que se dirigen, como por el número de personas y de perros que requieren, deben ser tratadas con mayor detención, y por lo tanto empezaré diciendo que todos aquellos que formen la partida, que es el nombre que se las dá, deben tener, si es posible, igual habilidad y serenidad para tirar; ya para que no sean infructuosos los crecidos gastos que siempre se originan en ella á cada individuo, no obstante el hacerse generalmente á escote; ya también, y más principalmente, para evitar desgracias que, por la clase de munición que se emplea, pueden ser de más fatales consecuencias.

Una vez dispuesta la cacería, y de acuerdo los que han de ejecutarla, que deben ser doce al ménos y veinticuatro ojeadores (teniendo presente que si bien el mayor número de unos y otros es conveniente por la mayor extensión que se coge, no está el caso en la cantidad, sino en la calidad), se eligen tres, los más á propósito; uno para encargarse de todo el gasto y de la comida de las escopetas blancas, que es como se denominan los que entran en escote; otro para cuidar del rancho de las escopetas negras, que son los directores, ojeadores, hateros, perreros, etc.; y otro para cuidar del pienso para las caballerías y del botiquin que debe llevarse, además de las escopetas negras que se quieran para las bocas-man-gas, cobro de reses, etc.

Cómo estas cacerías se hacen á bastante distancia de las poblaciones, y de uno á otro ojeo media siempre mucha extensión de terreno, de aquí nace la precisión de que cada escopeta blanca lleve una caballería, y que tanto para cuidar estas como para su particular servicio, acompañen también algunos criados, que al ménos deben ser uno para cada tres. Además de estos, hay que llevar otros seis, dos para que cuiden de las provisiones, efectos, etc., que se nombran hateros; dos para hacer el rancho, ó sean cocineros; y dos para el cuidado exclusivo de los perros, que para el número referido de escopetas, deben ser de cuarenta á saber: treinta podencos, ocho alanos ó de presa y dos sabuesos ó de sangre.

Antiguamente se llevaba un perro de una casta particular, y que se ha perdido como otras varias, que llamaban el mono ó cachetero. Era pequeño, muy ligero, con mucho pelo, parecido á los zarceros, y reunía

el valor y la ligereza. Cuando un jabali se aculaba y los perros de presa no podían prenderlo, él se ponía delante del jabali á ladrarlo y aun á morderle donde podía hasta hacerlo salir á acometerlo, sin cuidarse de los otros perros, los que aprovechando la oportunidad, lo hacían presa.

En la disposición expresada, y antes de llegar al sitio de la batida, deben haberse nombrado los cuatro directores, que son los más entendidos en la materia y prácticos en los terrenos donde se han de verificar las batidas; dos para dirigir y colocar las escopetas, quedando uno de ellos de número primero y el otro en el último, con el objeto de que si concluida la batida el repliegue es por el número primero, este viene recogiendo las escopetas hasta llegar á encontrar al otro director ó sea el último puesto, y á la inversa si el repliegue se verifica al contrario, consiguiendo de este modo que no pueda perderse ninguna escopeta blanca; y si ha tirado alguno reconocer el terreno, y en caso que la res que se tiró no quedase rematada, ver dónde tiene la herida, si es fácil su recobro y dar las oportunas disposiciones para que un criado de confianza y un práctico con una caballería, y un perro de sangre vayan á cobrarla donde la experiencia y sobre todo la herida aconsejen puede lograrse.

Las atalayas son de alivio del cazador, y se logra por este medio dar la batida sobre seguro; estos deben ser muy prácticos y conocer las querencias de las reses para los encamos. Los atalayas deberán estar en sus puestos mucho antes de ser de día: generalmente suelen desempeñar este cometido los directores de los ojeadores, á quienes se tiene cuidado de llevar el almuerzo y la comida.

Los directores de las escopetas blancas quedan de acuerdo en el punto donde deben encontrarse y saber las reses que han visto, disponiendo en vista de las noticias la batida que conviene dar primero según el viento, etc.

Encarezco mucho á mis compañeros de afición tengan gran cuidado, para no ser malamente engañados, de habituarse á reconocer los tiros, y por ellos saber si la res que tiraron va herida, dónde y modo de cobrarla, cosa muy fácil de conocer. La mala fé tiene extendido su dominio en todas partes, y cuando la res que se tiró no da sangre, es bastante general persuadirse de que no se la dió, particularmente si el tiro es en la barriga, lo que llaman embuchada, en cuyo caso la res se cobra con gran facilidad, pues los grandes dolores que sufre la hacen pararse pronto y echarse; pero es conveniente dejarla algún tiempo para que se hinche y no pueda levantarse, y si lo hace es con mucho trabajo y andando despacio, en cuyo caso el cazador que la sigue puede volverla á ti-

(1) Véase el artículo del número 1.º, titulado *El ciervo ó venado*.

rar ó echarla el perro. Cuando los aficionados no tienen la experiencia necesaria en el conocimiento de las heridas de las reses, pasan porque no fueron certeros en los tiros, aprovechándose las escopetas negras de la res que otro mató.

C. HIDALGO.

(Se continuará.)

### EL CACHALOTE.

En la serie de artículos zoológicos que aplicados á la caza estamos escribiendo, corresponde hoy su turno al cachalote, ese monstruo de los mares, más pequeño que la ballena, pero más fiero.

El *cetáceo* de que hoy nos ocupamos, no se concreta á la defensa; ataca y persigue á todos los seres que aparecen en el fondo de los mares, ó flotando sobre las encrespadas olas; traba en grandes grupos fieros combates con otras familias de cetáceos de diferente especie que quieren disputarle su presa; la sangre entonces se derrama á torrentes, y la superficie de las aguas aparece en una vasta extension teñida de encarnado.

Cuando buques enteros de cazadores persiguen y tienen harponados individuos de su misma especie, cortan las cuerdas que les atan, en vez de huir como las ballenas, ó se lanzan furiosos contra los tripulantes, inmolándolos á sus iras, y mucho más cuando el individuo cogido es algun hijuelo suyo.

Este mamífero (porta-mamas), disfrazado de pez, muge con más fuerza que la ballena cuando está herida; pero desfallece mucho más tarde que todos los otros cetáceos, y se han visto cachalotes que aun respiraban á pesar de tener destrozadas algunas partes de su cuerpo.

Rival encarnizado de la ballena, hace temer sin distincion á todos los moradores del Océano, y hasta familias enteras de tiburones huyen y se esconden de su presencia.

La cabeza de esta fiera de los mares es enorme, pues llega á tener más de un tercio de la longitud total de su cuerpo; la mandíbula inferior, más corta y más ancha que la superior, está provista de veintitres á treinta dientes á cada lado, fuertes y de un color parecido al marfil. Casi todo el hueco de su boca lo ocupa su enorme lengua, carnosa y de un color encarnado, pálido; la carne de las encías es blanca y tan dura, que sólo puede desprenderse la corteza arrugada que las cubre despues de hervir.

Los chorros de agua que arroja, caen en forma parabólica y producen un ruido mucho mayor que los de la ballena; su respiracion no es tan frecuente como la de este otro cetáceo, por lo que puede estar más tiempo debajo de las aguas sin aparecer en la superficie de ellas.

El ojo de este animal está colocado un poco más arriba que el de los otros cetáceos; la cola es más corta que la cabeza, cónica, movable y dividida en dos lóbulos; el vientre es grueso y redondeado. La grasa, que como todo cetáceo contiene bajo la piel, tiene sobre dos decímetros de espesor. La longitud total del cachalote es de veinte á veintitres metros, y su circunferencia, en la parte más gruesa del cuerpo, de unos diez y siete.

El color de su dorso es negruzco matizado de reflejos verdosos ó grises, y á veces de un color azul apizarrado con manchas blancas; el vientre es blanquecino, y la piel tiene una suavidad que compite con la seda. La carne es de un color rojo pálido, y en algunos países la aprovechan para comer los cazadores.

El alimento ordinario de estos animales es más fuerte que el de las ballenas, pues mientras estas se contentan con vegetales y moluscos, aquellos necesitan grandes peces; esta es la causa de que las unas apenas ataquen á los peces por no tener necesidad de ellos, y los otros los persigan y cacen con empeño.

Su caza es muy peligrosa: se necesitan más precauciones que para la ballena; fuera de esto, véase lo que dijimos en el número 30 del primer tomo de esta REVISTA, y con ello se tendrá completo conocimiento del método generalmente usado, pues todo lo dicho acerca de la ballena es aplicable á este cetáceo.

Los productos que se sacan de este animal, son muchos y muy importantes. La carne, la piel, la grasa, las barbas, los tendones, los intestinos y los huesos se emplean en diferentes usos de la vida; por lo tanto no deja de ser lucrativa su caza.

Y tal vez sea esto un mal; porque así las ballenas, como los cachalotes y otros muchos animales van descastándose por la encarnizada guerra que se les hace, y dia llegará tal vez en que tengamos que lamentar, zoólogos y cazadores, la falta de estos seres, para el exámen de unos y para el recreo de los otros.

Pero dejemos aparte estas consideraciones y sigamos en nuestro relato.

Los productos más importantes de este animal, además de los dichos, y por los que se le persigue con gran afán, son la *adipocira* y el *ambar gris*.

La primera materia, llamada impropia-mente *blanco de la ballena*, está contenida en una gran cavidad que tiene el cachalote en la cabeza, dividida en dos partes, cada una de las cuales tiene un sistema de vasos; de aquí se saca una sustancia líquida, que se solidifica en transparentes cristales al enfriamiento, y que se emplea en la confeccion de bugías. El célebre Fourcroy habla de la manera de preparar esta especie de aceite.

La procedencia de la segunda sustancia ha dado lugar á grandes controversias entre químicos y naturalistas: quién la hacia proceder del escremento del cocodrilo, quién de una mezcla de miel y cera, quién de alguna otra sustancia. Por fin la ciencia ha descubierto que el ambar gris, tan apreciado en la farmacia y en la perfumería, se halla en los intestinos del cachalote, y que es efecto de la indigestion de algunos alimentos, y por lo tanto no se halla en todos los individuos, sino en los enfermos.

Hemos concluido por hoy nuestra tarea; nunca nos cansaremos de advertir que no se confundan los cetáceos, animales que respiran por medio de los pulmones y que tienen toda la organizacion interior de los mamíferos, con los peces, á los que se parecen solo en sus formas externas.

J. SPINELLI.

### CAZA DE ZORRAS Á PIÉ.

Ahora que se concluye la temporada de la caza, y que no debería ningun cazador verdadero tomar una escopeta en la mano, voy á indicar á los aficionados una diversion no solo licita, sino útil, y que suele tener sus buenos lances, como lo hemos presenciado varios amigos en nuestros cotos.

Las zorras hacen, ó más bien, se apropian unas bocas de conejos, y se meten en ellas á criar; cuando llega este caso, que es en Marzo, más ó ménos temprano segun el clima y la estacion, el guarda debe tener cuidado de observar las entradas y salidas de las zorras, y cuando conoce que ya tienen sus hijuelos unos dias, avisa al dueño y este convida á sus amigos á pasar un dia de campo y destruir esta verdadera plaga para la caza menuda.

Hace pocos años, habiéndonos avisado el guarda de un monte de un pariente mio, que tenia señaladas y observadas tres zorreras, en las que habia varias crias, quedamos en salir muy temprano, como lo verificamos al dia siguiente en compañía de nuestras familias y algunos amigos. Enviando delante unos jornaleros para cavar las bocas, montamos todos nosotros en galeras manchegas, escoltándonos varios podencos y un pachon viejo muy bueno que tenia mucha aficion á perseguir y matar toda clase de alimañas, como lo probaban las gloriosas cicatrices que tenia en hocico y orejas. A la hora de marcha llegamos á las primeras matas, donde nos esperaba el guarda con toda la cuadrilla, y apeándonos, fuimos al primer juego de bocas situado á corta distancia del carril, siguiendo los carruajes y criados hácia la casa con órden de preparar el almuerzo. Los podencos se ataron, y solo quedó suelto el pachon para indicar la boca

por donde convendria atacar. Despues de registrarlas todas, se fijó en una, y principió á escarbar; cortamos un retallo largo, que introducimos por la boca cuanto pudo alcanzar para servir de guia en caso de lodarse el caño al cavar, y hechos estos preparativos nos colocamos cómodamente al rededor; y los trabajadores, bajo la inspeccion del guarda, principiaron á cavar. Cuando el caño se encontraba con otro, se ponía el perro al frente, y al momento fallaba, escarbando, cuál era el que se debia seguir; se ponía otro retallo en el nuevo caño, y se seguía la operacion. Despues de hora y media de trabajo se llegó al punto donde estaba aculada la zorra, y entonces llegó la parte grotesca de la escena. Al guarda le tocaba el puesto de honor, que consiste en agarrar con la mano izquierda á la zorra por el rabo, sujetándolo bien, y correr la mano derecha á lo largo del lomo hasta cogerla del pescuezo, y sacarla sin lesion, estirando los brazos para no dejarla revolverse y hacer uso de los dientes, que mostraba desde oreja á oreja, graznando y pataleando como una desesperada: en esta posicion nada cómoda y temiendo que la zorra por algun movimiento brusco se le escapase, dejándole por via de recuerdo algun buen mordisco, se veia negro el pobre guarda, rodeado de perros que se habian soltado, y brincaban ladrando en torno suyo, creciendo la rabia de la zorra y los gestos y contorsiones del guarda.

Dispersos á latigazos los perros, se le pudo poner á la zorra un palo atravesado en la boca, y liándole el hocico con una cuerda, quedó imposibilitada para morder, y soltándola á los perros, pronto dieron cuenta de ella.

En seguida se continuó la tarea sacando cuatro cachorros, que ya se defendian bien de los perros, aunque sin éxito. Despues de averiguar por medio del perro que allí no quedaban más huéspedes, nos fuimos á otras bocas, donde con corta diferencia se repitieron escenas parecidas, sacando en una tres cachorros y la madre, y en otra dos madres y seis cachorros.

Hubo algunas peripecias divertidas, y algunos mordiscos y arañazos; pero nada que tuviese importancia ni para hombres ni para perros: y riéndose unos de otros, y todos contentos por haber purificado el coto destruyendo diez y siete alimañas, que representaban un ahorro de muchísima caza, sin contar con las gallinas, corderos y cabritos de los labradores vecinos, nos fuimos á la casa, donde nos esperaba una buena comida de campo, y despues de un buen rato de broma, emprendimos el viaje de vuelta, llegando al anochecer al pueblo.

R. A. M.

## MI ÚLTIMA CACERÍA

EN LA TEMPORADA QUE ACABA DE ESPIRAR.

Terminando en Febrero último la temporada de la caza, por entrar la veda en 1.º de Marzo, dispuse el 26 mi última cacería, por ahora, y previniendo lo necesario al efecto, me puse en marcha hacia el Real Sitio del Pardo en la madrugada de dicho día, llegando á las siete y cuarto: deteniéndonos allí tan solo lo preciso, me dirigí con el que me acompañaba al punto designado en donde debía pasar aquel día, no sin tirar y matar algunas piezas que nos salieron en el camino. Ya en el cuartel elegido para nuestra diversion, creímos lo más conveniente reforzar nuestros estómagos, que se encontraban algun tanto desfallecidos; y puesta nuestra humilde mesa sobre la campestre alfombra, combinamos el plan mejor para el completo logro de nuestros deseos.

Concluido nuestro pequeño refrigerio, nos dirigimos al arroyo denominado de *Tejada* (lado de la izquierda), consiguiendo á los pocos momentos tirar algunas perdices y conejos; pasando de esta manera y dando manos sobre manos toda la mañana, hasta cosa de las dos de la tarde que nos bajamos á cazar á la orilla del rio Manzanares. En esta hermosa vega es en donde, á no dudar, se encuentra la caza con más abundancia, á pesar de que tiene bastante defensa por la mucha maleza de que están pobladas las márgenes de este rio, haciendo difícil, no tan solo á los perros el cazar, sino tambien á los cazadores el tirar á las piezas que salian: sin embargo, dimos muerte á alguna de estas ménos precavida que sus compañeras.

La hora avanzada de la tarde nos decidió á tomar el camino y dirigirnos al Real Sitio para pasar la noche y descansar de los respectivos paseos que habíamos dado. En efecto, nos albergamos en una casa á donde, cuando estábamos discutiendo nuestro plan para el día siguiente, llegó un amigo que tuvo noticia de mi llegada, y se empeñó en llevarnos á su casa, donde dormimos; y en verdad que no puedo ménos de dejar aquí consignada mi gratitud hácia dicho amigo y su amable esposa, por los obsequios que nos prodigaron.

A las siete de la mañana siguiente, salimos mi compañero y yo á emprender de nuevo nuestra cacería, hasta el punto de la fuente del *Mochuelo*, en que debíamos aguardar á mi amigo Sr. Crisol, acompañado de cuatro compañeros que esperaba; debiendo advertir que en el corto trayecto que media entre la citada fuente y el Real Sitio, mi adlátere, más afortunado que yo, tuvo ocasion de tirar algunas perdices y una liebre; pero sin conseguir matar alguna pieza de cuantas tiró. Ya en el lugar convenido tuvimos

la satisfaccion á los pocos momentos de reunirnos con el Sr. Crisol y sus compañeros M. Duserieus, M. Soubrié, M. Guiseris, los tres franceses, y D. José Mur: almorzamos alegremente al pié de aquella hermosa fuente, que nos convidaba con sus aguas cristalinas, sirviéndonos de mantel la verde yerba, y resguardados por la sombra de una frondosa encina: hubo repetidos brindis, y tuve ocasion de ver que mis compañeros de caza del vecino imperio supieron amenizar nuestro festivo almuerzo, concluido el cual, nos dispusimos á formar la mano que habíamos de llevar, con el objeto que se divirtieran los inesperados cazadores: el Sr. Crisol, aficionado novel aun, pero inteligente, llevaba el eje de la izquierda, y el autor de esta reseña el de la derecha; dirigiéndonos así al mismo cazadero que mi compañero y yo habíamos tenido el primer día: el número crecido que formábamos (éramos siete), nos permitía abrazar mucho terreno; así es, que la pieza que salia no se marchaba sin tirar ya por uno, ya por otro, y de este modo conseguimos matar alguna perdiz y varios conejos, llegando al arroyo de *Tejado* y dirigiéndonos por el mismo lado que el día anterior, calculando ir á tomar un refrigerio en la casa del cuartel *Angorrilla*, lo que verificamos en la sala de dicha casa, presidiendo como en el almuerzo la mejor armonía entre los que componíamos la partida; habiéndose esmerado en complacernos el guarda y su esposa.

Volvimos luego á tomar una nueva mano en la forma que antes la traíamos; pero dos de nuestros queridos conocidos franceses, poco acostumbrados á las fatigas que proporciona el andar subiendo y bajando cerros, al volver con la mano desaparecieron; se les llamó repetidas veces, usando los silbatos de caza, pero todo fué en vano; nada veíamos, hasta que preguntando á unos pasajeros que nos encontramos, nos dijeron los habían hallado cerca del Real Sitio del Pardo, cuya noticia nos obligó á apresurar nuestra mano de vuelta hácia el referido pueblecito, y al llegar cerca de él, ya nos esperaban muy tranquilos embozados en sus capotes de caza.

Aquí terminó nuestra diversion de caza, que mejor dicho fué un día de campo: entramos, pues, en el Real Sitio serian las seis de la tarde, y el buen amigo D. Inocencio Crisol nos condujo á su casa, en donde nos aguardaba una buena comida, durante la cual cada uno comentaba episodios de caza más ó ménos verídicos, confundidos por repetidos brindis; así pasamos dos horas y media, y de seguro que nos hubiéramos estado toda la noche si cada cual no hubiese tenido que atender á sus obligaciones, por lo que se mandó preparar el coche en que teníamos que regresar á Madrid, dejando aquel delicioso sitio á las nueve de la no-

che, no sin traer en nuestra compañía al amigo Sr. Crisol.

La cacería fué regular, pues tanto los perros como las escopetas hicieron lo posible para que el éxito llenase nuestros deseos; y yo, al colgar los útiles de caza hasta que se levante la veda, deseo llegue la época de verificar otras cacerías, aunque por desgracia no todas dejarán tan halagüeña memoria.

LUIS ORTEGA.

### UNA CACERÍA DE TORDOS.

Hace ya años, el día 4 de Enero, determinamos dos amigos y yo dar una vuelta por las famosas lagunas de Ruidera á ver aquellos sitios tan pintorescos, que si estuvieran en Suiza ó en Italia serian visitados por muchos; pero como están en España, que segun unos se halla por conquistar (y por muchos años sea), y segun otros equivale á los desiertos del Sahara (que van, sin embargo, tratando de poner en moda muchos escritores que no los han visto para poderlos comparar), nadie ó casi nadie las conoce, como no sean los habitantes de sus márgenes ó algunos cazadores que todo lo llevan á bien con tal de divertirse. Con este objeto, y al paso, para aprovechar la ocasion de tirar algunas aves acuáticas y acaso algunas terrestres, dispusimos nuestros avios, escogiendo las escopetas de más alcance y mayor calibre que teniamos á nuestra disposicion, con las municiones de varias clases que requerian los distintos géneros de caza que habia probabilidad de encontrar.

Hechos, pues, nuestros preparativos, de que daré una breve reseña, por si algun otro aficionado cae en la tentacion de lanzarse á otra expedicion semejante, partimos poco despues de salir el sol, de una casa de campo situada entre Albacete y Lezuza (la antigua Lebisoya, segun tradiciones), donde se ve dominando el pueblo un antiguo castillo, segun unos romano, y morisco segun otros. Como lego en arquitectura, dejo la discusion de este punto á otros más competentes, y solo diré que se han hallado en las inmediaciones monedas romanas, y que la fábrica de las murallas es una especie de turrón de guijarros y argamasa tan dura como ellos: lo primero parece indicar origen romano, y lo segundo es más bien árabe, asi como una mina, ya perdida, que desde el cerro del castillo bajaba al rio para surtirlo de agua, pues los romanos hubieran hecho más bien cisternas.

Dicho esto, sigamos con nuestra cacería. Íbamos los tres dentro de un carrito atartanado, bien arropados, cada uno con su manta, y á los piés las sacas (vacías) que nos habian de servir

de cama durante la expedicion; delante iba el hatero, antiguo cazador muy práctico en el terreno, gran tirador y rastreador, y sobre todo uno de los mejores cocineros campestres que habia entonces por aquellos contornos, y que ya no se encuentran desde que los montes han venido á ser de propiedad particular, no pudiendo, por consiguiente, subsistir los antiguos cazadores de oficio, que pasaban su vida en el campo, bajando sólo á reponer sus municiones y vender su caza á las poblaciones, y haciendo la vida del rey Palomo. Se llamaba Diego Flores; y estoy seguro que todos los que hayan cazado hace veinte ó treinta años por la sierra de Alcaraz y sus contornos, no habrán dejado de oirlo citar como un tipo de verdadero cazador digno de las praderas americanas. Como encargado de la direccion facultativa y culinaria, llevaba un borrico fuerte y manso, con unas aguaderas mayúsculas, oportunamente provistas de cuatro grandes cuernos, dos con aceite y dos con pólvora, un saco de farena de buena harina, y otro con divisiones para varias clases de perdigones. Tambien iban dos cántaros para el agua, un pellejo pequeño con vino, sal y especias, y el equipo de cocina, consistente en un hacha para cortar leña, un gancho de hierro llamado por los pastores *cubre-pan*, un caldero de hierro, una sartén, un cucharón, una caldereta de cobre estañado, una piel de macho de cabrío para amasar las tortas que tenian que suplir el pan, y una pielecita de cordero para limpiarlas al salir del fuego, y para servir de fuente al hacer las sopas ó migas para los gazpachos ó sopa de liebre. Con esto y una olla grande y una cazuela para dar agua á los perros, no nos faltaba ningun requisito preciso, aunque á los cazadores modernos, acostumbrados á una vida más cómoda, les parecerá sin duda muy mal avio. Esto va en gustos; á nadie le gustan más las comodidades que á mí en las poblaciones; pero cuando salgo (ó mejor dicho he salido) á una cacería á los despoblados, lo que deseo es hacer la vida lo más parecida posible á la de las soledades del Nuevo Mundo, donde dependen las comidas del más ó menos acierto ó suerte que hayan tenido los cazadores, y donde se hace el rancho con las comodidades que cada uno lleve consigo en el primer abrigo que á puestas del sol se encuentre.

Llevábamos una podenca muy bien enseñada, de Diego, y un perro misto de pacho y de aguas, que aunque poco cazador en tierra, cobraba y traía bastante bien en el agua; no habiendo querido llevar más por las circunstancias especiales de nuestra expedicion. Por supuesto que á ninguno nos faltaban balas sueltas y postas, por si se tropezaba con algun ciervo ó corzo, que algunas veces se corrian por los sitios que tendriamos que cruzar.

Diego llevaba una escopeta de un cañon muy larga, muy fea, y muy certera, y nosotros escopetas de dos cañones de 16 adarmes, excepto yo que la llevaba de 24 adarmes, y por si veíamos reses, un rifle inglés á la espalda de Diego, para que estuviese á mano. Nos prometimos sacar en Lezuza un muchacho pariente de Diego y práctico en el terreno, para encargarse del burro y que lo fuese llevando á los puntos que se le indicasen.

Llegados al cerro de la Cruz, nos apeamos, y enviando al carro por un carril que cortaba hácia Lezuza á esperarnos en Juan de la Peña, nos dirigimos la cordillera arriba á buscar la comida y cena de aquel día á costa de las liebres y perdices, de las que habia bastantes. Despues de cazar en mano dos horas, despacio y con el cuidado que tan interesante objeto requería, llegamos á la aldea de Pardales, llevando tres liebres y dos perdices. Descansamos un cuarto de hora, mientras nos freían una liebre con tomate, y seguimos adelante hasta alcanzar el carrito, cogiendo al paso una perdiz herida, por otro sin duda, aquel mismo día: teniendo ya asegurada la pitanza y faltando tres leguas largas para el cortijo donde debíamos dormir, subimos al carro y comimos sin detenernos así que pasamos de Lezuza y recogimos al muchacho, sin poder cazar despues más que alguna que otra mano gallega paralela al camino, que en su mayor parte cruzaba por lomas cubiertas de matas y romerales, mezclados con enebros y algunas sabinas, que dan mal gusto á las liebres, de las que se veían bastantes, pero no las perseguíamos por esta causa y por no perder tiempo; entreteniéndonos los tres en tirar á los mirlos y zorzales. Así llegamos á E..... posesion de un pariente que nos estaba esperando para acompañarnos, y despues de cenar un buen caldero de gazpachos con perdiz y liebre, comida esencialmente *cazadoresca* y de aquel país, cada uno llenó su saca con paja, escogió el sitio que le pareció mejor cerca de una grande hoguera que se hizo con medio carro de sabina en la cocina de los labradores, únicos habitantes del cortijo, y envolviéndose en su manta con los pies hácia la lumbre, encendió su cigarro y se puso á esperar la mañana, durmiendo pronto todos como bienaventurados.

R. A. M.

(Se continuará.)

#### UN REINO DE ORANGUTANES.

Nadie desconoce que el orangutan es el animal que existe colocado en la escala de seres animados entre el hombre y el mono. Sabido es tambien que en varias partes se ha tratado de reemplazar con dichos animales el servicio doméstico.

En efecto, el orangutan ha desempeñado en ocasiones el oficio de ayuda de cámara, pero ha tenido muy poca aptitud para llenar, ni aun á medias, semejante puesto.

El orangutan es, sin embargo, servicial, tiene destreza, le acompaña el vigor, la agilidad, y hasta suspira y casi ríe como nosotros. Vive en pluralidad, hallándose su especie dividida en grandes rebaños, de los que cada uno tiene un jefe superior y algunos inferiores. Cuentan además, su rey y su reina, y como consecuencia de esto, los primeros jefes son la prole de la pareja magnate, la cual en sus marchas forma delante, para si se hallase en peligro la manada, defenderlo y conservarlo.

Para completar la idea de lo que son los orangutanes; para conocer mejor su instinto y costumbres, anotaremos un caso histórico que aconteció á un colono del Cabo de Buena-Esperanza.

Dicho colono vivía en una hacienda situada en Vander-Greck. Tenía por esposa una linda jóven llamada Hilda, á quien quería ciegame, y un niño de pecho, fruto de sus amores.

Una noche fué la hacienda invadida de repente por una tribu de orangutanes. La señal de alarma, dada por los vigilantes, puso en movimiento á Williams, que se levantó del lecho, tomó un fusil y municiones, y se puso á la cabeza de todos sus criados y esclavos. Hilda, asustada, no quiso separarse de su esposo.

Los sitiadores, ya dentro y dispuestos á robar toda la fruta de los jardines, fueron sorprendidos por los tiros de los sitiados. El desorden se introdujo en el rebaño de orangutanes, y el aturdimiento reinó entre sus filas. Todos huyeron, dejando muerto en poder del enemigo uno de muy corta edad.

Á los pocos días, y sin que nadie notara ruido alguno en la noche precedente, faltó una mañana el niño de pecho de Williams. Inmediatamente se puso en conmocion toda la hacienda, se descubrieron las huellas de las pisadas de un orangutan, y una pequeña partida se puso en persecucion del raptor, ínterin Hilda y su esposo lloraban la desaparicion de su hijo. Todo fué en vano. El tierno vástago no pareció.

La desconsolada madre no cesaba de llorar, y Williams se volvió taciturno: en la hacienda todo era tristeza, y los negocios y labores fueron descuidados por su dueño.

Visitaba la casa de este un jefe del país, que estaba enamorado de la jóven. Hilda no podía soportar la presencia de Cumker, que la requerebraba de amores con tenaz insistencia. Ella siempre le rogaba olvidase su pasion, y no fué el colono, por cierto, quien sospechó el último los deseos del enamorado indígena.

Este, temiendo la venganza del esposo y con-



vencido de la fidelidad de su casta cónyuge, creyó oportuno no volver más á la casa. Al tercer día de su ausencia, que formaba harto contraste con su habitual costumbre de venir diariamente, desapareció Hilda de la casa conyugal.

Williams culpó á Cumker como autor de este crimen. Se le buscó en vano: acababa de partir para lejanas tierras y por largo tiempo.

La furia del colono llegó á su colmo. Aquel hombre parecía un loco; cuanto venia á sus manos lo destrozaba; profería maldiciones; pegaba á sus criados sin razon, y hasta él mismo se arancaba la barba y los cabellos. Un cafe hizo desaparecer los celos de Williams, noticiando que acababa de ver una banda de orangutanes llevando uno de ellos en sus brazos una mujer muerta, al parecer. Inmediatamente se ordenan batidas, tropas, etc. Nada se alcanzó. Ninguno llegó á ver un orangutan siquiera.

Williams, despues de dos años de enfermedad, repuesto ya de sus males y algo olvidado de sus desgracias, volvió á ponerse al frente de su hacienda. Un día, hácia las montañas de Nourwelt, divisaron varias mujeres un orangutan con un niño blanco. No quiso saber más el convaleciente. Organizó una respetable fuerza, montó á caballo y se dirigió al sitio designado decidido á hacer un ataque en toda regla. Llegados al pié de las montañas, descubrieron un rebaño terrible de orangutanes con una mujer y dos niños en medio. Los cuadrumanos, á la vista de sus enemigos, se preparan con sus estacas. Entónces el colono llama á Hilda; ella le contesta; hace señas á los orangutanes, y estos arrojan sus armas al suelo. Williams se acerca seguido de su ejército; los niños se esconden entre los animales, y marido y mujer se arrojan en brazos uno de otro.

Mucho trabajo costó á los niños acercarse á su padre. Por fin, en medio de los lamentos del rebaño y de las mil muestras de afecto que hacian á Hilda, partió ésta con su familia seguida de sus colonos y de los orangutanes, que la acompañaron tres dias consecutivos, no sin enterarse de cómo iba, de si la hacian algun daño y otras minuciosidades.

Durante el viaje de regreso, la jóven recobrada explicó todo á sus amigos.

El orangutan muerto en la hacienda cuando fué invadida, era el único hijo del rey. Para compensar esta falta ó tal vez para vengarle, robaron aquellos el blanco niño de Williams que vieron durante la defensa que les obligó á huir.

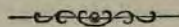
La reina le dió de mamar tres meses, habiendo pensado los súbditos, sin embargo, robar tambien la madre para que le cuidase, cosa que haría mejor que ellos. Aprobado el medio fueron á la hacienda con sigilo, la cogieron en sus brazos,

la ataron la boca para que no chillase y huyeron con ella. Desde aquel instante Hilda fue la reina, y se vió colmada de cuidados y atenciones. Como iba embarazada dió á luz, en tiempo oportuno, el otro niño que se la encontró: lo único que la hizo falta fueron trages, pues ya no conservaba sino rotos restos de sus ropas interiores, y las mantas en que los raptores la llevaron envuelta para no despertarla sin duda.

En cuanto á los nenes, comian frutas, raices y vegetales como sus protectores los vasallos.

Hilda estaba gorda y sana, y encareció la finura y respeto de sus súbditos. A Williams le pareció más bonita que antes, y estuvo dudando si tener celos de los ladrones de su mujer, ya que no los tenia de Cumker.

CÁRLOS ALVAREZ Y MALGORRY.



## CORRESPONDENCIA.

SR. DIRECTOR DE LA CAZA.

Madrid.

Muy señor mio: A falta de poder relatar á usted una cacería tan brillante como las que de continuo aparecen estampadas en las columnas de su bien dirigido periódico, porque en este país, aunque somos muchos los aficionados, no se encuentra contra qué disparar la escopeta, voy á participar á V. un suceso que por su novedad en España tiene su mérito.

Aunque la comarca que ocupa Alicante está bajo la influencia de un clima muy benigno, rodeada de lomas y colinas que forman pequeños valles bien cultivados en su mayor parte, circunstancias que al parecer debieran contribuir al fomento de la caza; el poco interés con que siempre se ha mirado, el abandono que por parte de todos se ha tenido, el no existir montes del Estado, las proverbiales sequías que se experimentan, y otras muchas razones que sería prolijo apuntar, son la causa de que nuestro suelo sea poco ménos que extraño á la cria de la perdiz, liebre y conejo.

No obstante lo dicho, en Alicante se sabe mantener vivo el espíritu del cazador, y conservar su entusiasmo por tan noble afición, merced á una tertulia que existe desde inmemorial, y en donde reunidos cuotidianamente gran número de aficionados, dejan deslizar agradablemente las primeras horas de la noche, discutiendo sobre todo aquello que se relaciona con la caza. La cacería que más tiempo absorbe es la de la codorniz á su paso, para la cual se cuenta con magníficos pachines de muestra. Hoy se cree que no es suficiente cazarlas con perro y escopeta, sino que además deben utilizarse todos los medios de arte que estén á nuestro alcance, á fin de que sea mayor la matanza de aquellas inocentes aves.

Partiendo de aquel principio, se formó una sociedad por acciones para confeccionar un *trasmallo*, proyecto presentado por el aventajado aficionado Sr. D. Juan Pascual de Bonanza, y que fué unánimemente aceptado por todos los demás, encargando la parte directiva del asunto al no ménos entusiasta D. Jorge Barrera, que en ménos de tres meses ha dado por terminadas las redes y preparados los demás enseres para su colocacion.

El *trasmallo* está compuesto de dos redes: una, cuya malla es de tres centímetros con un kilómetro de longitud y seis metros de ancho, sobrepuesta á otra de doce centímetros su malla, con igual longitud y cinco metros ancha.

El *trasmallo* se coloca en un caladar que existe á cinco kilómetros Sur de esta capital, junto á la plaza. Se suspende de unas perchas de siete metros de altura, dando frente al mar, y dejando á la red de malla estrecha la holgura que naturalmente tiene: la de malla ancha que se une por la parte posterior á la estrecha, va suspendida con bastante tirantez á fin de que al choque de la codorniz sobre la primera, se introduzca por la malla de la segunda y quede presa en la bolsa que formará.

Para la conservacion de las redes y demás enseres se ha proyectado la construccion de una cara, que estará terminada á fin del corriente mes, en cuya época se colocará el *trasmallo*.

Todo lo relatado se ha hecho por via de ensayo, y si los resultados que se obtengan corresponden á las esperanzas que han concebido los aficionados, para el año venidero se proponen confeccionar tres ó cuatro kilómetros más.

Á su tiempo tendré á V. al corriente de cuanto ocurra en la cacería proyectada, por si quiere usted darle cabida en su ilustrado periódico (1), y en el interin sirvase V. admitir el homenaje de consideracion y respeto que merece á su atento seguro servidor Q. B. S. M.

UN SUSCRITOR.

Alicante 7 de Marzo de 1867.

## VARIEDADES.

### LA CAZA DEL MIRLO,

POR ALEJANDRO DUMAS (2).

(Continuacion.)

Yo me agarré á la tapia, me subí encima de ella, me hubiera subido encima del mismo campanario del pueblo. Aquel animalito fué á parar

(1) El director de LA CAZA tendrá en ello una especial complacencia.

(2) El principio está en los últimos números del tomo primero.

á un cañamar, y no lo extrañé: no habia almorzado, y la naturaleza le llamaba irresistiblemente.

Salté la tapia, arrojando al dueño de la fonda un escudito por la cena y el servicio, y eché á correr hácia el cañamar. Estaba tan ciego, señores, tan preocupado con el maldito mirlo, que no habia reparado en el guarda que venia detras de mí; de manera que cuando estaba ya á la mitad del campo, cuando iba ya á levantar el pájaro, sentí que me agarraban por el pescuezo. Volví la cabeza, y era el guarda.

—En nombre de la ley, me dijo, va V. á venir conmigo á casa del maire.

Al decir esto echó á volar el mirlo.

Si hubiera tenido delante un regimiento de granaderos, me hubiera abierto paso para seguir al mirlo.

Así es que hice un esfuerzo, derribé al suelo el guarda como si hubiera sido un muñeco de carton, y me arrojé fuera de aquel inhospitalario territorio.

Por fortuna el pájaro habia ido á parar tan lejos, que cuando dejé de correr me hallaba ya á muy corta distancia, y mi adversario ya no pudo alcanzarme. Pero estaba tan sofocado, tan temblon, que no me fué posible apuntarle bien. ¡Cómo ha de ser! dije yo. Lo que se difiere no está perdido. Y continué persiguiéndole.

Estuve caminando detras de él todo el dia. Dió la desgraciada casualidad de que nada llevaba en la fiamblera; tuve que comer algunas frutas silvestres y beber el agua de unos arroyos. Me corría el sudor á chorros; precisamente habia de estar espantoso.

Llegué á las orillas de un rio muy ancho, pero con poca agua.

—Aquél rio, dijo Mery, era el Var.

—Precisamente; era el mismo.

Le atravesé, sin dudar de que pisaba ya un suelo extranjero; pero no importa: estaba viendo á mi mirlo que iba dando brinquetes á doscientos pasos de mí, en un campo donde no habia ni siquiera una mata donde esconderse. Me acerqué corriendo, apuntándole de diez en diez pasos; y le tenia ya á unos tres tiros de fusil, cuando, señores, de repente un picaro de gavilan que estaba revoloteando sobre mi cabeza, se precipita como un rayo sobre aquel, le echa las uñas y desaparece por los aires.

Me quedé anonadado. Entonces sentí todos mis dolores; tenia en mi cuerpo mis heridas, que me habia hecho con los espinos de aquellos campos. El estómago se me habia bajado á los talones, y desfallecido y sin alientos, me dejé caer en la orilla del camino. Atravesaba entonces un trabajador.

—Amigo mio, le dije, ¿hay por aqui cerca alguna villa, algun pueblécillo, aunque sea una cabaña?

—Guor si, me respondió, *ce la citta di Nizza, un miglia avanti*.

Ya me encontraba en Italia, señores, sin saber ni una sola palabra del italiano, y todo esto por un condenado mirlo.

### III.

Solo me quedaban dos partidos que tomar. Levantéme como pude, me apoyé en mi escopeta como si fuera un baston, y con el mayor trabajo empecé á caminar, tardando hora y media en andar aquella milla. Solo me habia sostenido la

esperanza hasta aquel instante, y como me había abandonado, era tal mi debilidad, que apenas podía sostenerme en pié.

Por fin llegué á entrar en la ciudad, pregunté al primero que encontré en la calle por una buena posada adonde dirigirme, porque Vds. ya comprenderán que yo tenía mucha necesidad de recuperar mis fuerzas. Por mi fortuna, la persona á quien pregunté hablaba muy bien el francés, y me indicó la fonda de York, que era la mejor de las de Niza.

Pedí un cuarto para mí y una cena para cuatro.

—Espera V. á tres amigos ¿es así? me preguntó el criado.

—Haga V. lo que le dicen, le respondí; y el mozo se marchó.

Metí la mano en el bolsillo para ver con qué dinero podría contar para pagar la cena; yo creí que no podría verme harto; tal era mi hambre. Saco la mano, y un sudor frío heló todo mi cuerpo; creí que me iba á dar una congoja.

El bolsillo se había roto, señores, encontré en él un enorme agujero. Como estábamos á principios de mes, había recibido á cuenta de mis sueldos una porción de duros; su peso me había roto el bolsillo, y se me habían ido cayendo, sembrando con ellos, como con las municiones, el camino desde Flieres á Niza. Registré todos mis bolsillos; nada, señores, ¡ni un ochavo! ni hubiera tenido con que pagar el paso de la laguna Estigia.

Me acordé al instante de la cena para cuatro que acababa de encargar, y se me erizaron los cabellos. Corro á la campanilla, y empecé á llamar á toda prisa.

El mozo se figuró que me estaban degollando, y vino corriendo.

—Mozo, dije yo, mozo; ¿ha encargado V. que me dispusieran la cena?

—Si señor.

—Pues que no la hagan ya, que no la hagan.

—¿Y los amigos que esperaba V.?

—Acaban de decirme por la ventana que ya no tienen hambre.

—Pero esto no impide que V. cene.

—Ya debe V. conocer, le dije con mucha impaciencia, que si mis amigos no tienen hambre, yo tampoco la tengo; no señor.

—¿Pues entonces habrá V. comido muy tarde?

—Muy tarde.

—¿Y no tiene V. necesidad de otra cosa?

—Tengo necesidad de quedarme solo.

Le dije estas pocas palabras con un tono que le aterró. Salió al instante del cuarto, y oí que decía á uno de sus compañeros, que sin duda le preguntaba algo de mí:

—Hombre, yo no sé nada; pero es preciso que sea algun milord segun lo insolente que es.

¡Yo un milord! señores: Vds. que saben cuál era mi situación.... Ya ven Vds. que aquel mozo no era fisnomista.

Mi situación era poco agradable. Mis vestidos desgarrados por todas partes no valían nada, y aunque me quedaba la escopeta, sabía yo lo que me darian por ella. Tal vez muy poca cosa. Es verdad que conservaba en el dedo un buen solitario; pero era una lástima. Me lo había dado una persona que yo había querido mucho, y hubiera preferido morir de hambre á deshacerme de él. Me acordé entonces de aquel proverbio que dice, que el sueño mantiene ó que *el que duerme come*: me figuré que esto podía aplicarse lo mismo á la comida que á la cena, y me metí en la cama. Parecerá increíble, pero es verdad; lo mismo fué acostar-

me, estaba tan rendido y destrozado, que á pesar del hambre y de mi triste situación, me dormí.

Al despertar tenía un hambre canina; porque ya saben Vds. que esto no solo se dice de los animales, sino tambien de la especie humana, cuando el hambre ha llegado á su último periodo.

Me senté en la cama para deliberar acerca del partido que habria de tomar en tan apurada situación, con las manos cruzadas, cada vez más inquieto y á punto de desesperarme, cuando de repente divisé en un rincon de la pieza un violonchelo; al verlo di un grito de alegría sin poderme contener.

Ustedes me preguntarán, señores, qué relación tiene un violonchelo con un hombre que no ha comido ni cenado, como no sea de tener ambos la tripa vacía.

Pues bien, mi alegría, mi contento, nacia de que aquel instrumento era para mí una fisnomia conocida en pais extranjero; era casi un amigo; porque se puede decir sin fatuidad, que cuando uno no ha dejado de la mano por espacio de diez años un instrumento cualquiera, queda ligado á él con un vínculo indisoluble. Y además, señores, yo tengo observado que nada me sugiere mejores ideas que el sonido del violon. ¿Es V. músico?

—¡Ay! No señor.

—¿Pero le gusta á V. la música?

—Hablando en general, es el ruido que me incomoda más.

—Sin embargo, cuando oye V. cantar un ruiseñor....

—Le grito lo más alto que puedo: ¿Quieres callar miserable animalejo?

Mery levantó los hombros haciendo un gesto de desaprobación; y lanzándome una mirada de enojo....

—¿Algun defecto de organizacion! exclamó M. Lonet, que temia ver interrumpida la buena armonia que reinaba entre nosotros. El señor es más bien digno de compasion que de vituperio. Le falta algun sentido. Le tengo lástima de veras.

—Y bien M. Lonet, dijo Mery, estoy seguro de que al instante que se vió V. con el contrabajo entre las piernas, empezarian á ocurrirsele los pensamientos, las ideas felices á docenas, á cientos, á millares.... ¿Es verdad?

—No señor, no; no fueron precisamente las ideas las que acudieron; fueron los mozos de la fonda los que se presentaron de tropel. Mi situación habia pasado al alma del violon. Yo sacaba unos tonos que rompian el oido; expresaban maravillosamente todos los dolorosos recuerdos del pais natal; todos los retortijones de unas tripas vacías; era la música expresiva en su primer grado. Pues bien; como ya saben ustedes que los naturales del pais donde me encontraba no son como este caballero, porque tienen frenesí por la música, conocí que se estaba llenando de gente el pasillo; y de cuando en cuando llegaba á mis oídos cierto murmullo como de aprobación. Por fin hasta hubo sus palmadas, y abriéndose la puerta del cuarto, entró el amo de la casa, precisamente cuando yo daba el último golpe de arco; el golpe maestro; el golpe de génio; ¡eh!

Entonces me volví hácia él: al verme con un instrumento como aquel entre las manos, no podía ménos de comprender mi superioridad sobre aquel hombre.

—Perdone V. caballero que haya entrado de esta manera en su cuarto: no he podido contenerme.

—De ninguna manera, le respondí yo; es V. el amo de la casa. ¿No habita V. en ella? Es preciso advertir que yo estaba vestido como Orfeo, con una simple túnica.

—Me parece que es V. un instrumentista distinguido.

—He rehusado la plaza de primer bajo en la ópera de París. Esto no era verdad, señores, lo debo confesar: pero estaba en país extraño, y no quería rebajar el nombre de la Francia.

—Sin embargo, me dijo el fondista, era una buena plaza.

—¡Si! diez mil francos de sueldo y la comida. Para almorzar costillas asadas y vino de Burdeos. Sin poderlo remediar, me se vinieron á la imaginación estas dos cosas; y todo esto lo he despreciado, continué diciéndole, por mi pasión al arte, por viajar por Italia, por ver la patria del sublime Paissello y del divino Cimarosa. Yo quería lisonjear á aquel hombre.

—¿Y no piensa V. detenerse aquí?

—¿Y para qué?

Esta expresión fué para mí un rayo de luz.

—Un concierto.... dije yo desdeñosamente; ¿ Cree usted que una población como Niza cubría los gastos?

—¿Cómo! precisamente en la actualidad está llena de ingleses, enfermos del pecho muchos de ellos, que vienen á pasar el invierno en nuestro clima. Sin salir de esta fonda de York tenemos quince.

—Es verdad que esta es la mejor fonda de Niza, le dije yo adulando cuanto podía á aquel hombre. Sobre todo, dicen que aquí se da perfectamente de comer.

—Yo espero que antes de que V. marche podrá juzgar de ello por sí mismo.

—Tal vez.... no sé todavía.

—Yo no daré á V. ningún consejo; pero estoy seguro de que si nos diese V. un concierto, no perdería el tiempo.

(Continuará.)

## CRONICA.

El día 1.º del actual se ha fijado en las esquinas de esta córte el siguiente bando:

«D. Juan Bautista Cabrera y Bernuy, marqués de Villaseca, gran cruz de la Real y distinguida órden de Carlos III, senador del reino, alcalde-corregidor de Madrid, etc., etc.

### HAGO SABER:

Que estando dispuesto por las leyes el modo y tiempo en que pueden verificarse la caza y pesca, es deber imprescindible de mi autoridad hacer presente al público lo que acerca del particular determinan las Ordenanzas de esta M. H. villa, reducido á que:

No se permitirá cazar hasta la distancia de 500 varas, contadas desde las últimas casas del pueblo, evitándose así los riesgos de personas é incendios.

Tampoco se permitirá tirar á ménos distancia de 300 pasos de las eras, casas y posesiones en que hay trabajadores y vecinos.

Las aprehensiones que se hicieren en los meses de veda (1.º de Marzo al 1.º de Agosto), serán decomisadas; las que se hicieren en el resto de año, procedentes de caza no muerta á tiro y sí con

instrumentos prohibidos, y las de pesca cogidas en contravención de las reglas establecidas, lo serán igualmente, con aplicación de su producto á objetos de beneficencia, sin perjuicio de las multas en que conforme á las leyes incurran los contraventores.

Exceptúanse del decomiso los que en la forma que la ley establece acrediten haber cazado ó pescado en propiedad particular ó con permiso por escrito del dueño, toda vez que aquella les permite por sus artículos 1.º, 2.º y 36, cazar y pescar en ella en todo el año sin traba ni sujeción á regla alguna.

Los dependientes de mi autoridad, especialmente los guardas jurados de campo, vigilarán el cumplimiento de este bando, dando parte á las autoridades competentes de las infracciones que se cometan.

Madrid 1.º de Marzo de 1867.—El marqués de Villaseca.»

Copiamos de un periódico las siguientes líneas dirigidas á otro de Zaragoza, y que nos alegraríamos fuesen desmentidas. De todos modos, como el hecho no es imposible que haya podido suceder, justifica la necesidad de hacer frecuentes batidas y de fomentar el pago de toda clase de animales dañinos:

«El día 1.º de Marzo llegué al pueblo de Barrachina, provincia de Teruel, y me llamó mucho la atención encontrar todas las puertas cerradas y reinar en la localidad un profundo silencio.

No tardé en saber que el triste motivo que había producido aquella alarma, era el de haber penetrado en el pueblo cuatro enormes lobos que, acosados por el hambre, se lanzaron furiosamente sobre un grupo de diez niños que se hallaban jugando en la calle Mayor, matando y devorando á cuatro de ellos y dejando en muy mal estado á los restantes.

Un grito de espanto resonó inmediatamente en el ámbito de aquel pequeño pueblo, y reunidos algunos vecinos empezaron á hacer fuego contra aquellas fieras, consiguiendo matar dos de ellas en las mismas calles del pueblo.»

Segun noticias que recibimos de Valencia, la última tirada de la Albufera ha sido bastante floja, habiendo regresado los cazadores muy poco satisfechos.

El día 1.º del actual ha empezado la veda en las provincias de Albacete, Alicante, Almería, Badajoz, Baleares, Barcelona, Cáceres, Cádiz, Canarias, Castellon, Ciudad-Real, Córdoba, Cuenca, Gerona, Granada, Guadalajara, Huelva, Jaen, Lérida, Madrid, Málaga, Murcia, Sevilla, Tarragona, Teruel, Toledo, Valencia y Zaragoza.

En las restantes se abre el 1.º de Abril próximo.

Por todo lo no firmado,

El Editor responsable, D. Domingo de Castro.

MADRID.—1867.

Imprenta de M. Tello, San Márcos, 26.